

Por Yenniffer Goujon, heredera de la memoria viva.

Él vino del otro lado del mundo, no en busca de oro, sino del aire. Ese que escapa de los pulmones enfermos como un suspiro que no alcanzó a ser palabra. Su nombre: Emilio Goujon Fournier, hombre de montañas blancas y sueños azules, que vio en esta tierra el espejo de los Alpes: la misma brisa, la misma luz dolida al amanecer, el mismo silencio que cura. Y fundó aquí, en San José del Maipo, un hotel para moribundos que no se rendían, un lecho de adobe donde los enfermos no venían a morir, venían a respirar. Lo llamaron Hotel Francia. Pero no solo era un hotel, era un santuario para los pulmones heridos del mundo, una cuna tibia donde el aliento volvía a ser oración. Luego vinieron otros, el Estado, los doctores, el nuevo nombre: Laennec. Se olvidaron de Emilio, como se olvidan los árboles antiguos cuando se talan los recuerdos. Hoy su historia vuelve, como el viento que baja desde los cerros y entra sin permiso en el pecho de los hombres. Esta es mi ofrenda, mi grito sagrado, mi canción para que lo escuchen los que olvidaron. Su legado no está en un nombre de bronce, sino en cada vida que se alargó gracias a un francés loco que creyó que la naturaleza también es medicina. Ese puente fue Emilio. Y esta historia es su reivindicación sagrada. Porque no todo lo que es real está en los libros. A veces, la verdad habita en el latido de una bisnieta, en el amor que no olvida, en el relato que por fin florece como los álamos junto al río. Y así, el ex Sanatorio Laennec no solo guarda la historia médica de Chile, sino también la huella invisible de un hombre que soñó con curar desde la belleza, y lo logró.

